



LA OMNIPRESENCIA DEL TOTALITARISMO

Rogelio Cedeño Castro

Un artículo político interesante, por parte de los más diversos actores sociales, de la "acción de totalitarismo", ha producido las posibilidades de análisis de los fenómenos cuya presencia en la vida social contemporánea está en constante crecimiento. La invitación de los señores Ruy Díaz Cussá y Ruy Díaz Cussá en el libro *El siglo de los Totalitarismos*, hoy objeto de presentación y discusión por parte de la comunidad académica de la Facultad de Ciencias Sociales, nos lleva a entender la respuesta de establecer asociaciones e interrelaciones, a partir de estas posibilidades, pues como indica el autor, "los totalitarismos del tiempo presente, en nuestros días, están ligados a una serie de características comunes".

La gran habilidad de las dictaduras posmodernas reside en haber eliminado un largo proceso de ocultamiento de los rasgos esencialmente totalitarios del siglo XX. Es decir, que la ausencia de libertad cívica y social, que hablaba Herbert Marcuse (1898-1980) al inicio de su conocida obra *El Hombre Unidimensional*, según la cual nuestro homínido de la civilización se convierte hablando de la falta de libertad característica del nazismo o del fascismo del período de entreguerras o, más aun dentro del



(A propósito del libro **El Siglo de los Totalitarismos**, de Rodrigo Quesada Monge. Editorial Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica, 1993)

La utilización política interesada, por parte de los más diversos actores sociales, de la noción de “totalitarismo” ha empobrecido las posibilidades de análisis de un fenómeno cuya presencia en la vida social contemporánea está profundamente arraigada. La invitación que nos hace Rodrigo Quesada Monge, en su libro **El Siglo de los Totalitarismos**, hoy objeto de presentación y discusión por parte de la comunidad académica de la Facultad de Ciencias Sociales, nos lleva a entender lo riesgoso de establecer asociaciones interesadas, a partir de este tipo de categorías pues, como lo indica el autor, *“la vida cotidiana del hombre promedio de nuestros días, está repleta de mensajes totalitarios sublimados*

para que sea lo más eficiente posible”. La relación entre eficiencia y rendimiento, por un lado, y totalitarismo y despersonalización (sacrificio del sujeto frente al individuo), por el otro, que Quesada propone en la base del análisis del totalitarismo contemporáneo, indican que se trata de un vasto campo de fenómenos, el cual rebasa con creces la utilización habitual que se hace de él bajo la forma de adjetivo calificativo epíteto, destinado a la descalificación del adversario.

La gran habilidad de las burguesías posmodernas reside en haber culminado un largo proceso de ocultamiento de los rasgos esencialmente totalitarios del siglo XX. Es decir, aquella ausencia de libertad cómoda y suave de que hablaba Herbert Marcuse (1898-1980) al inicio de su conocida obra **El Hombre Unidimensional**, según la cual nuestro hombrecillo de la cotidianidad se consuela hablando de la falta de libertad característica del nazismo o del fascismo del período de entreguerras o, más aún dentro del ETHOS anticomunista de la guerra fría

todavía viva en la mente de muchos, en esta parte del mundo, maldiciendo a los rojos a manera de una admonición que tiene la virtud de evitar toda clase de males. Es decir, es totalitario el “imperio del mal”, así adjetivado por Ronald Reagan al inicio de su gestión y todo aquello que amenace los intereses de la superpotencia de la América del Norte.

Evidentemente, se trata de una visión demasiado restringida del fenómeno totalitario, ¿qué es el totalitarismo? y ¿quiénes, entonces, son los totalitarios?, los grandes aparatos del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano con su política de terror político e ideológico, por lo demás explícita se constituyen en una asociación obligada. El estalinismo, como la forma política dominante en la sociedad soviética, que se extenderá después de la Segunda Guerra Mundial hacia los países de Europa Central y del Este, cuyos regímenes se van a autocalificar, durante decenios, con la denominación de sociedades que construían el “socialismo real” constituye otro lugar común en la estereotipación del totalitarismo.

La clave, sin embargo, reside según el propio Rodrigo Quesada —y en esto estamos de acuerdo con él— en que el siglo XX llevó hasta sus últimas consecuencias la capacidad destructiva de la especie humana. Una

capacidad de destruir que va mucho más allá del exterminio en los campos de concentración de Dachau y Büchenwald o en los del Gulag del padrecito Stalin. Se trata del exterminio de la voluntad, como un proceso psicosocial que tiende a la forja de individuos (es decir, no sujetos, para seguir el razonamiento de Rodrigo Quesada) que renuncien gozosamente a la capacidad de pensar y decidir por sí mismos. Se trata de un totalitarismo de tal perfección que los individuos se sientan “libres” de elegir o poseer determinados objetos, de tal manera que la libertad como una dimensión ética del ser humano se encuentra suprimida y substituida por esa otra, no precisamente ética, de adquirir a cambio de dinero determinados objetos o símbolos de posición social y portadores, al parecer, de una libertad PER SE, ¿cómo pueden ser definidos los actos totalitarios? y en esto, según el autor, se está ante la sola disyuntiva de la EFICIENCIA y el rendimiento hasta agotar las “últimas capacidades” del ser humano. Lo totalitario, entonces, reside no tanto en las acciones concretas de determinados actores sociales, como en la aceptación pasiva de la gran mayoría de los “afectados” (es decir, alcanzados por las consecuencias de una acción) *como sucedió, hace poco, en un área del campus de la Universidad Nacional,*

próxima al edificio de la Facultad de Ciencias Sociales, con la destrucción de un importante número de árboles, sin que nadie diera ninguna explicación que tuviese los requisitos mínimos de la racionalidad. La destrucción cotidiana de la vida y la esperanza ante nuestros indiferentes ojos parece reflejar que esta forma, mucho más perfecta, del totalitarismo de la posmodernidad, nos ha convertido en unos suicidas que, como parte de una especie también suicida, solo esperamos de manera “alegre” e irresponsable la llegada de la hora final.

La lectura mediocre y superficial del pensamiento de George Orwell (1903-1950) que bajo la luz del ETHOS anticomunista de la guerra fría realizaron, hace diez años, algunos escritores criollos, como Jorge Enrique Guier y Jaime Daremblum, pretendió ver en la novela **1984**, únicamente un rechazo de la versión estalinista del totalitarismo, sin darse cuenta que el combatiente de la Cataluña libertaria y antifascista de 1937 (a la cual dedicó su poco conocido **Homenaje a Cataluña**) hacía una clara referencia a la naturaleza eminentemente destructiva del capitalismo y anunciaba, al mismo tiempo, el advenimiento de un totalitarismo aún más perfecto, basado en la interiorización de la mentira que deviene en verdad absoluta. No en vano, en el mundo novelado de **1984**

las torturas se ejecutan en el ministerio del amor y la guerra es allí la paz, además de que Winston, el protagonista, no será ejecutado hasta que muera amando a sus verdugos, mientras que previamente ha debido reconocer que 2 x 2 equivale a 5. ¿Es que acaso ha podido el capitalismo vivir sin la mortífera industria armamentista o complejo militar-industrial?

Más que una propuesta psicológica para el conocimiento de los totalitarismos de los años treinta y cuarenta, lo que Rodrigo Quesada hace es buscar las causas macrosociales que llevan al ascenso nazi y fascista en Alemania, Italia y España. Asimismo, propone otra forma de interpretar el caso del militarismo japonés, sus connotaciones totalitarias y las causas de su expansión en el continente asiático.

Es evidente que el temor al cambio social, simbolizado por la presencia de la revolución bolchevique (a la que Sorel alabó en un primer momento, calificándola como un puntapié a la decadente burguesía europea), estuvo desde el principio en el fenómeno del ascenso nazifascista, según el autor de **El Siglo de los Totalitarismos**.

No estamos de acuerdo con el autor, cuando éste analiza el caso de la eliminación, por parte de Hitler, de los hombres de las SA que simbolizaban la posibilidad de una “segunda revolución” (Quesada, 1993:59), pues



del contexto histórico se infiere que esta nunca fue posible, según lo dicho por el propio Rodrigo Quesada en otra parte del texto: *"Hitler dejó la prisión dispuesto a no seguir siendo un agitador de segunda (1925 o 1926), menos aún cuando era consciente de que contaba con un número importante de los soldados de elite mencionados"* (es decir, desplazados del ejército pero contando con el apoyo de alta oficialidad en servicio) (Quesada, 1993:58),

a lo que agrega más adelante: *"El 30 de enero de 1934, Hitler utilizó a un nuevo cuerpo especializado de policía política, los SS, para ejecutar a Röhm y el resto de los dirigentes de los SA (que hablaban de una segunda revolución en un lenguaje vagamente anticapitalista). Al mismo tiempo aniquiló a la oposición en el ejército que se expresaba en hombres como Schleider, Von*

Kahar y Georg Strasser. El resultado fue la estabilización del régimen de Hitler. A partir de entonces el ejército y la derecha más conservadora, aceptaron el dominio de Hitler y por criminales que fueran las medidas llevadas a cabo por los nazis, hicieron como que no las veían, hasta el final de la guerra en 1945" (Quesada, 1993:59). ¿Es que acaso el proyecto nazi no era el de esa derecha conservadora y poderosa? Pareciera entonces que, más bien, la

eliminación de Röhm y las SA que se suponía podían tocar los intereses más poderosos de Alemania, en una especie de “segunda revolución”, era un paso totalmente congruente con los propósitos de Hitler, pues, habiendo sido las SA un instrumento para el logro de sus planes, su eliminación ulterior estuvo, al parecer, contemplada de antemano. En cuanto a que el ejército y los conservadores hicieron como que no veían, ¿no estarían acaso hipnotizados por el gigantesco aparato propagandístico montado por Joseph Goebbels?

En el análisis del período inmediatamente anterior al ascenso del fascismo en Italia, el autor dice que: *“Para colmo de males, los dirigentes socialistas al frente de estos vastos movimientos de masas se opusieron siempre a la guerra, que creían imperialista y en beneficio de los grandes capitalistas y terratenientes italianos. Con esta perspectiva, ni la policía ni el ejército se opusieron a los fascistas”* (Quesada, 1993:63). De la forma como lo plantea el autor, podríamos inferir que si se hubiera dado un mayor grado de incongruencia con sus postulados, por parte de la dirigencia socialista italiana, se habría evitado o retrasado el ascenso fascista, cuando en realidad la ausencia de vocación revolucionaria en el Partido Socialista Italiano le impidió a este aprovechar las grandes

movilizaciones obreras de 1919-1920 y ya, para 1922, la situación había escapado a su control.

En relación con el estalinismo, otra expresión totalitaria resultante de la burocratización del proceso bolchevique, estamos de acuerdo con Quesada, cuando dice que: *“La teoría del partido propuesta y elaborada en la práctica por Lenin no es el resultado de una voluntad antojadiza, que hubiera surgido de una mentalidad paranoica. Este es el enfoque que se le ha querido dar a todo un utilaje político-partidista, surgido de las entrañas mismas de la historia del pueblo ruso y, por encima de todo, de las tradiciones y potencia revolucionaria de los pueblos en vías de desarrollo”* (Quesada, 1993:71) y advierte, asimismo, contra las simplificaciones que pretenden culpar a Lenin de la degeneración totalitaria que llevó a los procesos de Moscú de 1936 y 1938, con el consiguiente exterminio de la gran mayoría de la dirigencia bolchevique del 17, el asesinato de León Trotsky (1879-1940) y el paso de millones de personas por los campos de concentración hasta la muerte del tirano, en 1953. Es decir, ni el marxismo ni el leninismo tenían que engendrar fatalmente el totalitarismo estalinista.

La insistencia que se hace en el libro en cuanto a que la historia no la escriben los líderes, sino los pueblos

mismos contrasta con la afirmación que se hace, líneas después, acerca de León Trotsky, en el sentido de que a éste "*como fundador del Ejército Rojo se le podía atribuir prácticamente el triunfo de los revolucionarios en la guerra civil*" (Quesada, 1993:73). Por otra parte y en relación con el caso de Trotsky, señala el autor que habría criticado el aniquilamiento de los anarquistas eslavos, cuando en realidad fue el artífice de la represión en Ucrania contra el movimiento campesino libertario, encabezado por Néstor Majno en 1919 y la sublevación de los marinos de Kronstadt, en marzo de 1921, a pesar de que habían sido los héroes de la toma de Petogrado por los bolcheviques, en octubre de 1917. Sin negarle otros méritos a Trotsky, especialmente sus aportes teóricos que permiten hoy comprender, de forma más clara, la naturaleza del totalitaris-

mo estalinista, no podemos estar de acuerdo con que se oculte la verdad acerca de esas políticas del revolucionario Trotsky, en el poder, siendo el libro omiso al respecto.

Este es un libro comprometido y su autor se compromete a través de sus páginas, lo que contrasta vivamente con el espíritu de una época, caracterizada por el NO COMPROMISO con la verdad. Coincidimos en que la lucha por la justicia y en contra del totalitarismo del mercado y del de la planificación centralizada (hoy casi extinto) no podrán terminar nunca. La hora del *Big Brother*, con sus minutos del odio, que aparece como telón de fondo en la novela **1984**, de George Orwell, aún no ha sonado y estamos seguros de que el despotismo de la mercancía nunca triunfará frente al hombre, sujeto y hacedor de su historia.